



Aquella mañana estaba algo nublado y el viento soplaba con más fuerza que otras veces, sin embargo la vida seguía como siempre. En la entrada del pueblo, Yucay, habían puesto una gran cantidad de vendedores con sus frutos recién cogidos; algunos venían de unos cinco kilómetros más arriba.

Casi todas eran mujeres, de todas las edades, desde aquellas arrugadas por los años y las fatigas hasta las jóvenes de pocos años, y entre ellas una chiquilla que tendría trece o catorce años nada más. Sin embargo, ya sabía de penas y alegrías; más penalidades que gozos había conocido en su pequeña existencia.

Se llamada Tayda y vivía con un matrimonio que la recogió cuando tenía tres años, procedente de una riada que se llevó a sus padres y a un hermano mayor que ella. La mujer también era pobre en dinero y además tenía una niña que nació después.

También tenía un marido, pero casi siempre estaba ebrio. Con esa dificultad, la chiquilla pensaba que no podía ser más desgraciada. No obstante no era así; el trabajo que tenía lo había buscado ella misma en un hombre que tenía ciertas tierras.

Tampoco era rico, ni medio rico, sin embargo, con su sueldo de cartero y los frutos iba manteniendo su casa y a su mujer.

Tayda bajaba al pueblo con una sonrisa casi siempre en sus labios y llevando en su cabeza los productos que esperaba vender.

El camino iba descendiendo en el mismo sentido que iba ella y era considerable la altura de la aldea con el pueblo de Yucay. El lugar donde había nacido estaba en el pueblo, a unos cinco kilómetros de distancia. Esta vez iba con María, también vendedora, un poco mayor que ella, seguramente dos o tres años más.

Eran amigas pero no se parecían en nada en el carácter. La mayor parecía poco romántica; para ella solo existía lo que veía, y era muy poca cosa allí donde vivían, porque eran casas pobres con calles, si es que podían llamarse así, torcidas y sin asfaltar.

Sin embargo Tayda veía otra cosa, su imaginación era muy grande, por eso cuando hablaba de su aldea parecía que era la mejor de mundo. La chiquilla era medio blanca y medio india, pero en este caso era más blanca que oscura, pero no tenía importancia el color sino la inteligencia y el saber que ella procuraría ser siempre así.

— ¡Hola, María!... esta mañana iremos juntas..., ¿no te parece magnífico? — exclamó Tayda, con aquella alegría que tenía casi siempre.

Ella le contestó:

— ¡Claro niña india! — Y sonrió con tristeza, como pensando lo pobres que eran.

Al poco rato llegaron al pueblo. Yucay, era un pueblo bastante grande. Venían dos días a la semana, cuando había mercado en la calle, cosa que ocurría los martes y los viernes. Entonces se llenaban los puestos de gente; otra cosa era si compraban o no.

Tayda se colocó al lado de una mujer que tendría unos treinta y cinco años. Era totalmente india, del Perú, como ellas dos. Su cabello era muy negro, y la piel oscura como la de todos los de su raza; tenía unos ojos grandes, expresivos, con una cara agradable, a pesar de que su vida no había sido fácil. ¡Buenos días «india de las montañas»! —exclamó con un tono entre serio y medio alegre.

Tayda le contestó:

—¡Buenos días, Veena, otro día más que nos vemos! —y sonrió levemente.

Veena guardaba el sitio para la chiquilla, así que cuando llegó vació el contenido de plátanos, toronja, yuca, fréjoles... y lo puso para que los viesan bien los posibles compradores.

María tenía el puesto un poco más allá, llevaba la mercancía sobre la cabeza en un envoltorio; casi todas las mujeres solían llevar su mercancía así, también Tayda a pesar de que era delgada y demasiado joven para aquel trabajo. Sin embargo, tenía bastante fuerza y cargaba sobre su cabeza los artículos que luego vendería en el mercado.

La mañana seguía trascurriendo con los nublados a punto de dejar caer el agua que la tierra tanto necesitaba. «Ya podría esperar hasta que lleguemos», comentó para ella.

De todas maneras, la mañana fue para la chavalilla y la muchacha muy buena, porque vendieron la totalidad de sus productos. Serían las dos de la tarde cuando ambas decidieron irse para la aldea, puesto que ya no tenían nada que ofrecer a los compradores. María se acercó hasta la compañera y en seguida iniciaron la vuelta a la aldea.

Volvieron a mirar al cielo y les parecía que iba a llover en cualquier momento, no obstante las dos siguieron adelante; no le tenían miedo a la lluvia ni tampoco a mojarse, era verano y ellas dos jóvenes, Tayda casi una chiquilla. Pero cuando habían andado unos dos kilómetros, de las nubes

salió un relámpago y casi al instante sonó un trueno que se prolongó largo tiempo, haciendo eco por las montañas cercanas, mientras que los nubarrones se hacían más densos, tanto que casi parecía de noche.

Seguramente la lluvia llegaría y sería beneficiosa si no fuera por la tormenta que se acercaba. María dio un pequeño grito acompañando al trueno, no lo podía remediar; toda su valentía desaparecía en el acto cuando el temporal se acercaba, y aquella vez ya había llegado.

Casi inmediatamente empezó a llover con furia, y ellas estaban solas frente a la tormenta. Miraron a uno y a otro lado del camino y solamente veían algunos árboles. Pensaron en ir corriendo hasta ellos, pero Tayda recordó que había leído que era sumamente peligroso buscar el abrigo de los árboles cuando la tormenta estaba sobre ellas, y así se lo dijo a María.

Entonces se arrimaron a una roca, algo alta e inclinada, y estuvieron allí mientras duró la tempestad. Tuvieron un poco de suerte porque el peñasco, ladeado hacia adelante, impedía que la lluvia cállese dentro casi en su totalidad. Así estuvieron casi una hora, acurrucadas y en silencio.

Solo se oía la lluvia caer sobre los árboles, sobre la roca y sobre el suelo, acompañado, de vez en cuando, de los truenos, que poco a poco se iban alejando. Cada una pensaba en su vida de una u otra manera. Tayda, mientras veía la lluvia, recordaba la suya, corta pero intensa. Como era natural, recordaba poco los tres primeros años, cuando estaba con sus padres y su hermano. Pero sin embargo los quería mucho, eran tres sombras vagas y lejanas, pero cuando se dedicaba a recapacitar sobre ellos, como entonces, los veía como si estuvieran allí mismo.

Otras veces solamente veía los rostros borrosos, y siempre con una sonrisa eterna. Luego empezó a pensar en la casa de la aldea, que en realidad no lo era, pues parecía casi una chabola,

aunque algo más grande. Después echó a volar su imaginación, mientras la lluvia seguía cayendo.

Era guapa, delgada y más alta que las indias de la tribu Inca, pero ella no lo sabía, quizá porque no se había fijado nunca en su figura, vivía hacia dentro, jamás se le ocurrió pensar en si era guapa o fea, existía y dejaba vivir a los demás, sin más.

De pronto se dio cuenta de que no estaba sola, a su lado estaba María, callada, temblando, no tanto por el frío, y la humedad, sino por la impresión de los truenos sobre sus oídos.

—María estás tiritando, ven a mi lado... —dijo Tayda, y alargó la mano derecha hasta la muchacha para acercarla.

Ella se aproximó todo lo que pudo, e inmediatamente empezó a llorar, suavemente, dando, de vez en cuando, pequeños suspiros. Luego dejó de sollozar y miró a Tayda con una pequeña sonrisa; en sus ojos todavía se notaban las lágrimas.

Después comentó:

—Estoy avergonzada por mi comportamiento, pero no lo he podido evitar... el miedo es mayor que mi voluntad. ¿Lo comprendes?

Tayda la escuchaba en silencio, pero poniendo toda su atención en las palabras de ella. A pesar de sus pocos años tenía la habilidad y la inteligencia de una mujer ya formada, o todavía más. Era perspicaz, tanto que algunas mujeres del pueblo iban a pedirle consejos.

—Tayda... ¿verdad que no le dirás a nadie lo que ha pasado mientras se veían los relámpagos y oían los truenos? —preguntó a María.

Ella sonrió, levemente, y afirmó:

—¡Te lo prometo, esto quedará entre tú y yo!

Entonces la muchacha sonrió, sin dejar de apretarse contra la pequeña, después levanto la vista hacia las nubes y observó